



VOL: AÑO 10, NUMERO 28

FECHA: MAYO-AGOSTO 1995

TEMA: ACTORES, CLASES Y MOVIMIENTOS SOCIALES II

TITULO: **Movimientos sociales y ciclos de protesta en América Latina**

AUTOR: *Otto Fernández Reyes* [\*]

SECCION: Artículos

EPIGRAFE:

...La pregunta es: ¿tendrá lugar el mismo tipo de resistencia popular que finalmente forzó a los vencedores en Inglaterra el siglo pasado a retroceder y aceptar lo que después fue el Estado benefactor? Creo que sucesos como los de Chiapas son ejemplos, como lo fueron los disturbios en Los Angeles. Una sociedad completamente desmoralizada en el (barrio) sur central de Los Angeles, y una que ha mantenido alguna integridad y viabilidad, como en Chiapas, son muy diferentes en el carácter, pero las reacciones tienen algo parecido, creo que están reaccionando ante las mismas cosas.

Noan Chomsky.

RESUMEN:

Si algo caracteriza las aproximaciones sobre los movimientos sociales en América Latina, es la eliminación de explicaciones capaces de insistir en perspectivas globales. Aquéllas existentes se preocuparon durante los últimos años en "negar" los atributos de ciertas orientaciones sociopolíticas -en especial el marxismo-, las cuales elevaron a renglón crucial el rol de la clase obrera. Se ha menospreciado la construcción de hipótesis que reconozcan la existencia de ciclos en la movilización social de protesta en la periferia latinoamericana, y también que efectúen un diagnóstico comprensivo y crítico de tales ciclos. La acción colectiva y su expresión particular bajo la forma de movimientos sociales de protesta se incorporan a un ciclo de activación sociopolítico inmanejable sistémicamente.

ABSTRACT:

Social Movements and Protest Cycles in Latin America

If something characterizes the approaches on social movements in Latin America is the removal of proper explanations that are able to persist on global perspectives. Those prevailing were concerned, during the last years, to "deny" the attributes of certain socio-political aspects, specially marxism, which increased in a dramatic way the role of the working class. The construction of hypotheses that acknowledge the existence of cycles within the social mobilization of protest in the Latinamerican circuit has been underestimated, and also the ones that perform a comprehensive and critical diagnosis of such cycles. Collective action and its particular expression under the shape of social movements of protest is incorporated into a cycle of socio-political speeding up, systemically unmanageable.

## TEXTO

El día D se presentó en México el 1 de enero de 1994. En esa fecha, una insurrección de tipo campesina, étnica, clasista y anticapitalista anunció, estrepitosamente, la contrarréplica más vasta y profunda contra el postajuste de mayor significación estratégica de la región. Sus protagonistas no sólo se encargaron de quebrantar aquellos pronósticos que desechaban la idea de que una semejante práctica política pudiera aún efectuarse; sino que, en lo más dramático de las circunstancias y su contexto, se perfiló una insurrección que se desplazaba en la cresta de la hegemonía burguesa mundial; misma que había tomado como experimento crucial a México en su propósito paradigmático de modernización capitalista ejemplar.

Se producía así una ampliación del "escenario centroamericano" dentro de la coyuntura del sur de México, situación ante la cual los mejores esfuerzos norteamericanos parecían desplomarse a pesar de haber invertido lo mejor de sus recursos políticos por alejar un contexto semejante a lo largo de la discusión pro-TLC en los dos anteriores años entre las élites económicas y políticas de ambas naciones.

Ahora, el cuadro se agravaba de forma alarmante. Con severas repercusiones en el entorno de resquebrajamiento del sistema político mexicano y hacia la propia estabilidad financiera internacional, acentuando con ello un cuadro de inestabilidad en la frontera política más crucial de los Estados Unidos en la presente coyuntura regional y mundial. ¿Cómo era posible que un grupo con implantación social regional, por un lado, y de otra parte, limitadas condiciones para situar en entredicho la estabilidad de la seguridad nacional mexicana, provocase un efecto tan desproporcionado en sus alcances y proyecciones sociopolíticas?

Parecería, contestando lo anterior, que el eslabón más fuerte en una estrategia de casi doce años se quebraba, desatando una ruptura institucional desde el lado más frágil de la estructura social mexicana, reordenando no sólo las condiciones nacionales, sino a las propias fuerzas sociales y políticas en una escala que trascendía los límites y procesos de naturaleza interna en lo esencial, y patentizando su intersección un deterioro masivo de las relaciones de dominación y sus tradicionales mecanismos de control y subordinación social.

Así, la proyección de estabilidad, hegemonía y capacidad de control y cooptación sistémica -artificialmente alimentada en estos años con una cierta simplificación desde la tecnocracia dominante- mostró su fragilidad estructural y política evidente.

La responsabilidad de esta acción social se desarrollaba a cargo de sectores subalternos de la zona más pobre del país. Pero además, visto el punto, este levantamiento ocurría en la nación en donde menos podría asumirse una tal experiencia insurreccional. Las razones son varias: primero, por su pasado histórico agrarista, reformista y desarrollista, a la par con un Estado que posee una tradición de cooptación y manejo corporativista envidiable -en función de sus eficacias absolutas y no sólo relativas-. En segundo lugar, porque la experiencia del ajuste mexicano, de casi década y media, ofrecía la impresión de transportar al México urbano y de clases medias al primer mundo, o por lo menos situarlo en la lógica de la gran perspectiva capitalista postdeuda: aquélla que buscaba insertar a los países latinoamericanos en un nuevo pacto económico y social a fin de justificar su adscripción al ciclo de transición que, con el ascenso de Alfonsín en Argentina, dio inicio a comienzos de los ochenta. Y por último, porque se habría logrado, entre 1988 y 1993, dentro del contexto mexicano, prácticamente desarmar la reactivación de un neopopulismo que, con fuerza social y capacidad de masas, se había constituido en la fase más álgida de la aplicación del reordenamiento neoliberal en el país. Parecería

obvio que, una vez desarticulada la rearticulación de masas del neopopulismo opositor en su expresión cardenista durante los ochenta, el sistema político demostraba sus capacidades de anulación de la oposición intrasistémica. La revolución antipopulista y antirreformista mexicana derrotaba a sus pares tradicionales y anunciaba su aburguesamiento total. Al arrinconar a los movimientos de masas de este tipo, se certificaba el deceso de los radicalismos y apuestas estatistas de izquierda o simplemente progresistas. Sucumbían los movimientos de masas en México y, al parecer, las transformaciones eran comandadas por las élites y sus fracciones más lúcidas a fin de testimoniar lo que ya años antes se había presentado país por país en América Latina, desde el punto de vista de exitosas estrategias excluyentes.

Desde este conjunto de condiciones la insurrección del sur de México se impone a la discusión política la existencia de una fase distinta, no sólo para este país, sino para el conjunto de los procesos exitosos o no de ajuste que experimentan diversas fases de transición, donde, a pesar de sus alcances, en la medida en que lograron -mediatizada o extensamente- su propósito, reformar sus capitalismo, sus Estados, sus motivos de legitimidad por la vía electoral, así como de levantar una gran ofensiva burguesa contra las herencias neopopulistas o redistribucionistas del tardío Estado desarrollista latinoamericano, no culminan con reformas que garanticen lógicas de estabilización convincentes y profundas. Por lo tanto, una experiencia como la que sirve de contexto a esta discusión no es exclusivamente un recordatorio. Por el contrario, asumimos que se abre una perspectiva diferente en relación con los procesos de formación de identidades colectivas y sus ciclos tendenciales de concretización.

Justo por ello, la discusión obliga a tematizar las condiciones en que hoy el análisis global y la acción colectiva se insertan, así como a proponer hipótesis preliminares para una relocalización de los parámetros de su comprensión, tomando en consideración el caso mexicano como trasfondo de un contexto de autoritarismo exitoso frente a emergentes movimientos neopopulistas, que resultan derrotados por las coaliciones y reestructuraciones entre la clase política y las fracciones burguesas en ascenso, y donde la acción de masas rurales, previsiblemente más atrasadas en sus posibilidades de éxito político, se encargaron de relevar la derrota previa y proyectar condiciones de reformas sociales en un escenario que las había condenado a niveles marginales y secundarios.

#### Restricciones y supuestos sobre la acción colectiva

Si algo caracteriza las aproximaciones sobre los movimientos sociales en América Latina, es la eliminación de explicaciones capaces de insistir en perspectivas globales. Las existentes, durante los últimos años, se preocuparon por "negar" los atributos de ciertas orientaciones sociopolíticas -en especial el marxismo-, las cuales elevaron a renglón crucial el rol de la clase obrera como dictum comprensivo del conflicto, movilización y cambio estructural en general.

En esa medida, y debido a un acento más ideológico que analítico, se ha menospreciado la construcción de hipótesis que reconozcan la existencia de ciclos en la movilización social de protesta en la periferia latinoamericana casi en los últimos veinte años, y también de un diagnóstico comprensivo y crítico de tales ciclos, en primer lugar. Pero lo más decisivo es que dichos ciclos se tematizen en función de lógicas de exclusión económica, política y culturales, así como de dominio y explotación social y de clase en contextos que van del autoritarismo hasta la apertura con liberalización e impulsos democratizadores. En segundo lugar, se adopta una negativa respecto de la posibilidad de comprensión genérica de los procesos de movilización, fundando una aproximación aislada y sectorial de las tendencias de interacción de grupos, masas y actores institucionales y/o de clase.

Entre las limitaciones existentes, la principal, sin duda alguna, tiene que ver con las restricciones con que se perciben los análisis entre actor y estructura social (Long, 1994). Por igual figura la exagerada postulación de negar la constitución de actores antisistémicos en la fase de la transición, acentuando la actuación exclusiva de sujetos intrasistémicos (O'Donnell y Schmitter, 1988).

Basándonos en lo anterior no parece desdeñable el ampliar el horizonte de la discusión acerca de los movimientos sociales en la región, recuperando y ratificando la idea de que es factible partir de la existencia de ciclos y que éstos se conectan con las grandes secuencias macroestructurales de la zona, lo que posibilita hablar de tendencias de subjetivación y movilización social, así como los ciclos y tendencias muestran variaciones que no significan ausencia de congruencia entre una u otra condición de la acción colectiva.

Desde estas premisas, afirmamos que la acción colectiva (en adelante AC) y su expresión particular bajo la forma de movimientos sociales de protesta (en lo sucesivo MSP) entran a un ciclo de activación sociopolítico inmanejable sistémicamente. Varias condicionantes operan para argumentar no sólo con relación a los enfoques y paradigmas existentes, sino en función de la franja de contradicciones que acompañan a los países de la periferia y semiperiferia latinoamericana, con respecto a esta inmanejabilidad de las protestas, movilizaciones, conflictos e insurrecciones, dándose y estando por venir en una escala general.

En ese sentido, se advierte lo siguiente: a) una fase de crecimiento negativo para los principales países de la economía mundial, aun y cuando algunas zonas de la periferia se inserten con éxito en los circuitos de sobreacumulación internacional (Petras y Vieux, 1994); b) una profunda descomposición de las lógicas de integración valorativa de los actores en el centro, la periferia y la semiperiferia en función de procesos masivos de insatisfacción (Heller, 1989); c) un indetenible proceso de polarización social en la nueva estructura de división internacional del trabajo al interior de los propios centros, por el impacto de la "sociedad informacional" sobre los ritmos de calificación y descalificación de la fuerza de trabajo a corto y mediano plazo (Castells, 1994); d) un colapso de los órdenes políticos, en su expresión de ineficacia estatal y con respecto al desmoronamiento de las estructuras sociales forjadoras de reglas y pautas de conducta moral y políticas (Hobsbawm, 1994), y por último, e) la emergencia de un nuevo individualismo que afecta lo público de la acción política y obliga a reconsiderar la idea misma de Sociedad (Lechner, 1994).

Con este supuesto, la "culminación" de las fases más onerosas y extremas del ajuste estructural (neoliberal) potencian hoy una explosión por demandas políticas y sociales en ascenso, presentando un severo ritmo de inestabilidad con mucho mayor rapidez que la pensada por los cuadros dominantes regionales, acelerando una condición de "disponibilidad" de los actores, los que, a partir de las "estrategias de transición" diversas de reactivación económica, aceleración de pobreza con concentración de la riqueza, diversidad de las estructuras laborales, alternabilidad postautoritaria por la vía de elecciones, renovación de élites y conflictos intraburgueses, así como de reconstitución de motivos en la movilización social, colocan progresivamente en las agendas de evaluación a las propias lógicas de transición y sus resultados, y no sólo a las estructuras autoritarias, como bien lo describe Huntington: "La historia ha demostrado que tanto los optimistas como los pesimistas se equivocan sobre la democracia, y los acontecimientos futuros probablemente lo sigan confirmando. En muchas sociedades hay obstáculos formidables para la expansión de las democracias" (Huntington, 1994).

Lo que ello sugiere es apenas perceptible en los umbrales de los análisis sobre desarrollos de la liberalización política: que los actores -a pesar de su heterogeneidad, fragmentación y adscripción desarticulada frente a las estrategias capitalistas de ajuste y de democratización políticas limitadas- se avalanzan a exigir más y mayores cuotas de control social que superen las de una restringida apertura o institucionalización de las lógicas de la representación política, las garantías electorales y postelectorales, los funcionamientos relativamente independientes de los Congresos con respecto a los poderes presidenciales, y las reivindicaciones por una reintroducción de las regulaciones estatales en relación con la redistribución del excedente y el combate a la desigualdad en general. No es, evidentemente, una radicalización homogénea, universal y continua, pero, indudablemente, se constituye a contrapelo de las modalidades de cooptación restringida y de aperturas pactadas con el solo propósito de garantizar ciclos de acumulación y de dominación burguesa convenientes en los actuales parámetros de una división mundial entre el centro y una periferia confusa, indefinida para los segundos, pero no tan clara para los primeros. O, como señala Chomski, a pesar de la peculiaridad compleja y diferencial de los disturbios, sus actores están "reaccionando ante las mismas cosas".

Justo por ello se afirma que, en función de lógicas causales conectadas a distintos planos de la reproducción de los sistemas de dominación, las interacciones de la movilización social se encuentran globalmente interrelacionadas y determinadas estructuralmente, surgiendo así la opción de pensar desde qué ciclos se interrelacionan las fases de conflictualidad, formas de lucha, y tipos de subjetividad y de identidad esencial de los actores, clases o movimientos involucrados.

Obviamente, lo anterior -como hipótesis ordenadora- puede parecer una reiteración que no aporte nada a una mejor comprensión sobre la acción colectiva. Pero en el contexto actual de la reflexión sociológica, "retornar" a las nociones de totalidad o de holismo social para captar la acción colectiva significa prácticamente enfrentar el conjunto de presupuestos conservadores y liberales predominantes en el campo de estudio, mismos que han enfatizado el triunfo de las "racionalidades individuales" para "pensar lo social", sin arribar, en lo estricto, a propuestas capaces de superar las restricciones que acompañan a todo supuesto anclado en el énfasis de comprensión lineal desde las racionalidades de los actores (individuales), como veremos más adelante.

Las paradojas neoconservadoras desde los ochenta

¿Cómo se exacerbó la "cultura" de negación de lo colectivo? mediante un triunfo político perdurable: por la derrota estructural a los retos reformistas, desarrollistas, populistas y revolucionarios articulados en los ciclos de activación intensa de las décadas de los sesenta y los setenta, derrota que arrojó como saldo histórico la anulación progresiva de la modernización social y política en América Latina como un todo, cifrando procesos inacabados, fases de institucionalización precarias y de formación de identidades entrecortadas. En definitiva: una modernidad sistemáticamente en conflicto con sus procesos de modernización característicos y peculiares.

Así, las visiones con que se evaluaron los procesos sociales hacia los ochenta apresuraron un tipo de reconstrucción de las sociedades desde rasgos realmente limitados, no existiendo discusión que pusiera en duda el rol de la hegemonía burguesa en estas "transiciones", así como lo opuesto: el impresionante proceso de destrucción masiva de los factores de identidad clasista en el capitalismo central y periférico. El apego a las fuerzas e intereses con que se organizaron estos procesos y discursos encontraron variadas justificaciones: los problemas la "governabilidad" se proyectaban como si reflejasen una mecánica estrictamente administrativa o gerencial. La gestión de la democracia urgía políticas de difusión y de aprendizaje de "culturas cívicas", en el

correcto sentido clásico empleado por Almond y Verba. Pero por supuesto, el poder, la dominación, los conflictos alrededor del control del excedente en el ámbito público y privado salían sobrando.

Veamos, por de pronto, entre las reflexiones liberales y conservadoras, cómo se presentaron un conjunto de "resultados históricos" que justificaban un cambio debido a (supuestos) factores no considerados por las "explicaciones deterministas" clásicas, a partir de los cuales se "redondeó" un parametro no sólo para ubicar los procesos del postautoritarismo, sino para ofrecerle coherencia a las propuestas de sociedad y los arreglos políticos que se iniciaron a partir de los ochenta.

En este sentido, los argumentos son de variado espectro sobre: a) la "muerte del Estado"; b) la "muerte del colectivismo" y el ascenso de lo privado; c) la "muerte de las utopías" y, finalmente, d) el "triunfo del mercado" (o de la "mano invisible").

Con cada una de estas afirmaciones en torno a "muertes" y "resurrecciones" se trasladaría, implícitamente, al campo de la acción colectiva en una negación teórica central: ¡la negación de lo social y la reivindicación de lo individual!, con lo cual, y de entrada, las hipótesis sobre ciclos -derivadas de los anteriores supuestos globales- serán menospreciadas y excluidas del debate sobre la "acción colectiva".

Llama poderosamente la atención en estos discursos su intrincada lógica, que restaura la anulación de la forma de acción movilizadora de las masas y, sin embargo, la "recupera" siempre y cuando se desencadene dentro de los presupuestos sociales, de individuos o ciudadanos racionales en los procesos de cambio.

Objetivamente, como es de suponer, cada consideración remite a múltiples aspectos cuyas refutaciones sumarias podrían extenderse de manera interminable. Pero sólo destacamos lo central a cada una, desde la perspectiva en discusión.

Comencemos sugiriendo que lo que aparece como obvio con respecto a la "muerte del Estado" se reduce a la forma de relación de clases conocida en el centro como Estado de Bienestar y en la periferia latinoamericana como el fenómeno del populismo. Sin embargo, un matiz relativiza este "fallecimiento": "en los países industriales el gasto público se ha elevado de menos de 10% del PIB en 1900 a alrededor de 40% en 1980", según apunta el Banco Mundial (1983).

Está visto que el deceso de esa "forma de Estado" en particular no es la muerte de todo tipo de Estado burgués capitalista en general. Sin embargo, subsiste la franja discursiva de "desaparecer" lo social (de la acción política del Estado), aunque su carácter privatizante (excluyente y polarizador) se preserve íntegramente en las relaciones interinstitucionales y sociales.

Bajo esa flamante predisposición, las clases dominantes llevan a cabo la "ejecución conservadora" del Estado que el Manifiesto comunista había diagnosticado hace ya más de un siglo y medio, sólo que, en este caso, como esfuerzo dirigido a minimizar lo "colectivo" y magnificar lo privado, lo individual y lo sectorial. Esta segunda muerte reduce las interacciones sociales a intercambios entre "individuos" y/o "ciudadanos". Se apresta a reconocer en el discurso emergente a una ciudadanía no social, distante de conceptos o formas de interacción que le proporcionen marcos de coincidencias culturales semejantes y por lo tanto, factibles de producir (y reproducir) subjetividades estructuradas en un contexto socialmente dado.

Lo anterior reconduce la reflexión a una antigua y acariciada hipótesis del pensamiento conservador: la "muerte de las utopías" (Hinkelammert, 1984). En este entorno, por supuesto, los proyectos, modelos o estrategias de sociedad distintos a los de la civilización burguesa son apresuradamente cremados y lanzadas sus cenizas a puntos distantes del planeta. Es la "eficiencia", el "pragmatismo" y la "racionalidad con respecto a medios" lo que debe privar en la "programación" de la sociedad postindustrial, y no "metáforas antisistémicas" que tipifican, con la negatividad, el orden de lo existente. Todo ello no deja de ser ambivalente cuando se nos habla de que frente a las muertes señaladas (del Estado, del colectivismo y de las utopías), ha resucitado el "triunfo de la mano invisible". Es decir, resurge la indeterminación del mercado que, sin ser "guiado" o "determinado" por nadie o por nada (actores, clases o movimientos), es capaz de "regular" y "producir" espontáneamente las condiciones de equilibrio, estabilidad y cambio de las sociedades contemporáneas, condiciones que, con anterioridad, se atribuían a algunas de las relaciones vinculadas a las ideas del papel rector del Estado, y a la organización de intereses en la sociedad y la proyección de alternativas de cambio desde modelos determinados de organización social. [1]

Singularmente, el conjunto de estas afirmaciones está emparentada con una hipótesis fuerte: la "muerte de todos los determinismos" macrosociales. Y es aquí en donde aquél se intersecta con nuestra discusión sobre acción colectiva y cambio político en América Latina. ¿Pero cómo se vinculan ambas reflexiones? Desde una circunstancia coyuntural "responsable" de haber acelerado ámbitos de descomposición y de crisis.

La condición coyuntural alude a los procesos que ubican una supuesta "década pérdida" en la periferia, donde se evidenció la incapacidad de las políticas del Estado, sus mecanismos de regulación social, redistribución y participación social, así como de estructuración de una adecuada base para incrementar el crecimiento y la expansión económica. Frente a esta situación las estrategias de ajuste y desregulación fueron la consecuencia natural ante los fracasos de las concepciones predeterministas y subjetivistas del cambio sociopolítico. Ambas estrategias se insertaron en un conjunto de macropolíticas que buscaron reordenar y liberalizar los estímulos hacia la eficiencia, consecuencia de las interacciones del mercado con los individuos, consumidores y empresarios. Bajo este punto, las estrategias se ordenaron con atención a los siguientes fundamentos: a) estrategias antiestatistas, b) estrategias antirreformistas y c) lógicas privatizadoras, mismas que buscaron bloquear lógicas de acción concatenadas a dinámicas forjadoras de subjetividades subalternas, y en lo esencial, destruir los procesos de reconstrucción de identidades alrededor del Estado, estimuladas por fracciones burocráticas autonomizadas o de un desplazamiento por la vía de políticas públicas de una aceleración de la movilización de la sociedad en coyunturas específicas y concretas.

De esta manera, se iniciaría un decisivo ciclo de destrucción de identidades en el conjunto de instancias de las sociedades regionales latinoamericanas, a través de políticas estatales en general, ajustes desregulatorios sobre el cambio progresivo, y también mediante el acentuado respaldo a los núcleos del gran capital burgués en sus fracciones más especulativas y usureras.

Pero sin lugar a dudas, será bajo el ciclo de la transición política del autoritarismo hacia formas de liberalización en donde, paradójicamente, estas restricciones identitarias presentarán el mayor nivel y esfuerzo de anulación y arrinconamiento. Allí la sociedad será proyectada como individuos deliberantes en el tratamiento de aspectos tendencialmente menores en significado y alcances.

Con el antiestatismo se originaría una lógica antirreformista que contenía, paralelamente, el peso de un largo y prolongado discurso gradualista, minimalista y tecnocrático que se

enseñoreaba con la antigua postura de aceptar lo dado del orden social como un factor irreversible, invalidando al populismo y a las ideologías revolucionarias por reivindicar tareas desproporcionadas con las capacidades institucionales de las sociedades periféricas, y proponiendo un evolucionismo explícito que se encargaría de "alcanzar" las demandas sociopolíticas emergentes en los entornos de la región latinoamericana. Sin embargo, esto constituía, de suyo, una utopía rápidamente acotada en sus posibilidades reales, siendo así su expresión más reconocible y "cínica" la perspectiva con que se manejaba la justicia social y el combate a la pobreza en el Tercer Mundo:

En efecto sabemos que no existe una alternativa racional a la adopción de políticas tendientes a lograr una mayor justicia social. Cuando los privilegiados son unos pocos y los desesperadamente pobres muchos, y cuando la brecha entre ambos grupos se profundiza en vez de disminuir, sólo es cuestión de tiempo hasta que sea preciso escoger entre los costos políticos de una reforma y los riesgos políticos de una rebelión. Por este motivo, la aplicación de políticas específicas encaminadas a reducir la miseria del 40% más pobre de la población de los países en desarrollo es aconsejable no sólo como cuestión de principio, sino también de prudencia. La justicia social no es simplemente una obligación moral, es también un imperativo político (MacNamara, 1972).

Finalmente las estrategias privatizadoras, en tanto que punto de conjunción para minimizar los contenidos sociales de la acción de grupos, sectores y clases en los procesos de activación y movilización, fundando como principio de acotamiento en la realización del compromiso entre el régimen político, por la vía del pacto entre Estado y las clases y las hegemonías de representación a cargo de las políticas corporativas, un contenido paradójico y extremista, mismo que se aprecia en los discursos sobre las posibilidades con que la transición política es "factible" imaginarla en América Latina.

Ante todo, las transiciones conocidas hacia la democracia política han observado en todos los casos una restricción básica: está prohibido cobrar al rey de uno de los jugadores, e incluso darle jaque mate. En otras palabras, durante la transición los derechos de propiedad de la burguesía deben mantenerse inviolables. A este jugador puede obligársele a entregar algunos peones, y aun privársele de sus torres (por ejemplo, ampliación del sector público, expropiación de tierras de la oligarquía e incluso nacionalización de los bancos), pero no puede colocarse en peligro directo a su rey. Esta es una restricción fundamental que los partidos izquierdistas deben aceptar si pretenden que se les permita jugar en el centro del tablero; de lo contrario corren el riesgo de ser eliminados, dejados al margen o reducidos al carácter de meros espectadores. La segunda restricción es un corolario de la primera, aunque tiene su base autónoma: está prohibido cobrar la "reina" del régimen de transición, o aun circunscribir demasiado sus movimientos, en otros términos, en la medida en que las fuerzas armadas son la institución protectora por excelencia de los derechos y privilegios a que se refiere la primera restricción, su existencia, sus bienes y su jerarquía no pueden ser eliminados, ni siquiera seriamente amenazados (O'Donnell y Schmitter, 1988).

Desde este punto de vista, lo que el proceso de transición de los ochenta implica es un "compás de espera" que corresponde a la consolidación del poder de las élites (políticas o económicas), donde lo privatizador viene a operar en el entorno mismo de una "democratización" con claros sesgos dominantes y no subalternos. [2] Por supuesto, lo anterior no desautoriza los alcances que el proceso de transición en curso posee en Latinoamérica. De lo que se trata es de registrar las restricciones indicadas por O'Donnell y Schmitter al "calendarizar" los contenidos y guiones del cambio político escenificado.

Ciclos en la coyuntura de transición

Parecería un sinsentido plantear ciclos bajo una transición. Pero dentro de un contexto con el tipo de estrategias señaladas, la acción colectiva por parte de los movimientos sociales quedará profundamente condicionada por la experiencia que va de inicios de los ochenta hasta la primera mitad de los noventa.

Los ciclos en los movimientos sociales de protesta (MSP) tenderán a emparejar muchas de sus líneas de organización, demanda y formas de luchas. De hecho, el curioso balance preliminar de la transición es la producción de una sensibilidad favorable a la democratización política, con lo cual se uniformizan en los ochenta las luchas sociales en un decisivo umbral de acción estratégica: la movilización generalizada por la democratización social, cultural, religiosa, económica y política, procurándole motivación a poderosas fuerzas sociales subalternas en cuanto a dotarlas de mecanismos de legitimación e integración, una vez que se reacomodaron al sobrepasar los instantes más adversos del extremismo autoritario de las décadas precedentes. En definitiva, las experiencias autoritaristas del neoliberalismo aceleraron, desde sus estrategias de socavamiento, a las subjetividades radicales o desarrollistas, un ciclo de reconstrucción de la acción colectiva a escala mundial por la democracia, ciclo que sugiere visiones que van más allá de las estrictas perspectivas de reglamentación de la participación, relevo de élites, institucionalización de grupos de presión o funcionamiento delegacional de las burocracias estatales.

Parecería repetirse lo que apuntaba Hirschman al referirse al contexto de la discusión intelectual durante 1968: "...Mancur Olson proclamó la imposibilidad de la acción colectiva de grandes grupos (justo cuando Daniel Bell proclamaba el "fin de la ideología" y) en el preciso momento en que el Mundo Occidental iba a verse envuelto en una oleada sin precedentes de movimientos públicos, desfiles, protestas, huelgas e ideologías" (Hirschman, 1986).

El anticiclo vociferado por unos se revertía como acción colectiva de los más en una escala planetaria que sólo permitía distinguir el grado extremo con el que se opondrían las grandes vías de subjetivación en este siglo. Birbaum captó este momento de los sesenta con extraordinaria lucidez y plasticidad:

La derecha ha respondido a la crisis de la idea de progreso, a la concepción de la historia como el despliegue de la razón, con la defensa cínica de los logros mínimos de la civilización y encogiéndose olímpicamente de hombros ante la brutalidad, la explotación y la falta de soberanía humana. Los movimientos de la década de los sesenta respondieron exigiendo que se quemaran etapas o se llegara al colapso, que el progreso fuera inmediato -lo que suponía una negación de toda visión de la historia en la cual los movimientos no desempeñasen un papel central e inmediato- (Birbaum, 1993).

Hoy, con la transición y la liberalización o democratización nos situamos en contextos equivalentes. Obviamente, el instante no guarda vínculos con una experiencia precedente del crecimiento ininterrumpido desde la postguerra en los centros respecto de una tendencia a la marginación y exclusión social intensos desde los setenta en la periferia. Sin embargo, el ciclo definitorio que engloba el conjunto de la experiencia histórico-social de América Latina se inscribe en lógicas de subjetivación enmarcadas en la trascendencia de una modernización salvaje, excluyente y retenida exclusivamente por una minoría elitista en extremo reducida (Véase Cuadro 1).

Demás está por decir que la discusión de esta periodización preliminar escapa al presente esfuerzo. Varios autores, enfrascados en esta perspectiva, que apenas se abre a la consideración analítica y comparativa, insinúan líneas de trabajo que deberán ser progresivamente explicitadas y profundizadas en el futuro. [3]

Atendiendo a ello es que no parecería conveniente en estas circunstancias expurgar del horizonte del análisis de los MSP la caracterización clasista en sentido general. Hasta el momento, y como consecuencia de estas estrategias liberal-conservadoras, pareció obvio, implícitamente, "eliminar" de las reflexiones sobre movimientos sociales el paradigma del conflicto y de clase en forma "natural". Pero el costo que semejante esfuerzo intelectual ha deparado es pírrico en relación a los logros teóricos con que las lógicas del consenso se han organizado discursivamente hablando. Al respecto, véanse las aprensiones de varios autores sobre sus diagnósticos de la transición, la democracia, las utopías y los actores políticos, en relación con apresuradas "constataciones" hoy sujetas a revisiones generales (O'Donnell, 1993; Paramio, 1993; Lechner, 1994; Schmitter, 1994).

Lo anterior queda justificado por dos hechos sociales irrefutables: en primer lugar, las clases no han desaparecido ni lo harán bajo el capitalismo en todas las formas en que éste existe. En segundo término, hoy existe un enorme esfuerzo institucional y social en los campos ideológicos, económicos y políticos para destruir las solidaridades clasistas a escala mundial. No yerra Wallerstein (1983) cuando afirma que "desde que en forma abierta el conflicto de clase explícito socava más directamente las bases estructurales del sistema-mundo, no es extraño que se movilicen tanta energía contra sus manifestaciones concretas, hasta el punto de negar su existencia. ¡Eppur si muove!".

Por lo tanto, en este plano, se debería recapacitar. Los ciclos de acumulación, crisis y reestructuración de los mercados de trabajo, así como de reinserción en las tendencias de la globalización política, expurgan un ritmo de conflictualidad sobre el destino, uso y formas de control del excedente más que evidente. Así, desvirtuar esta franja de las relaciones conducirá a reduccionismos que no sobrepasarán las restricciones teleológicas que una determinada aplicación del paradigma de clases se ganó, por igual, en el pasado. [4]

Por ello la ventaja de organizar la noción de ciclo ante estas circunstancias inhibe la simplificación de asignar causas restrictivas a los procesos de más larga duración, así como de eliminar a determinados actores por mera inadecuación ideológico-político-coyuntural. La apuesta, en esa línea, conduce a revalidar la visión sistémico-estructural como propósito explicativo de la acción social.

Hacia una noción de ciclo en los MSP

Sin embargo, como algo previo a esta discusión y su referente en los movimientos sociales en la región durante las décadas de los ochenta y los noventa, vale la pena, en este instante, precisar la noción de ciclo.

En primer lugar, manejamos la noción de ciclo como el reconocimiento de nuevas relaciones que imponen un ritmo a las estructuras tradicionales de interacción y a las formas de producir y reproducir intercambios, organización, conflicto y cambios en los patrones de acción social.

En segundo lugar, distinguimos que los ciclos están incrustados dentro de amplios procesos de la acción social, caracterizados por la existencia de actores (subjetividades), situaciones (estructuras y procesos) e intenciones (organización y movilización de la acción).

La acción social global, en tercer lugar, es una acción que implica, analítica y procesualmente, aquella forma de movilización que aparece dentro del ciclo de la acción

colectiva bajo la expresión de movimientos sociales de protesta (MSP). Sin embargo, ésta última es la que permite definir los contenidos y orientaciones por las que decursarán el conjunto o buena parte de los procesos de acción social globales en una coyuntura determinada.

En cuarto lugar, lo que define a los ciclos es el marcado carácter de proyectarse como parte de crisis, reequilibrios y desestructuraciones del campo de organización de las identidades sistémicas en curso, colisión o contradicción.

Por último, el ciclo se expresa como intersección simultánea de los desequilibrios producto de los déficits de integración en el sistema social.

El indicativo anterior es una mera formalidad y es incapaz de suplantar, ciertamente, la infinita variabilidad con que los procesos de movilización han operado desde la crisis de los regímenes oligárquicos, hasta las actuales condiciones de los procesos de transición democrática (Veáse el Cuadro 2).

Bajo toda circunstancia, su utilidad es la de permitirnos diagnosticar y periodizar un conjunto de factores causales que han generado la subjetivación y la constitución de actores en general. En este caso, los ciclos se vinculan a las condiciones que definieron un tipo de modernización frente a las estructuras de oligarquización en períodos muy diferenciados y nunca cronológicos, en atención a los rezagos y velocidades con que dicha modernización penetró en las economías e instituciones de la sociedad y el Estado latinoamericanos.

La ruptura del orden oligárquico, por la diversificación endógena de la fase misma, desató las condiciones para que el ciclo reformista de carácter agrario y urbano-industrial acelerara sus propias restricciones, tanto internas como externas, intensificando los límites de las alianzas sociales y de la naturaleza articulada entre los pactos de, entre y sobre clases, arribando a condiciones de radicalización populistas o insurreccionales que proyectaron una global confrontación no sólo con áreas sectoriales o marginales del sistema de dominación, sino, en lo esencial, en relación con las variables sistémicas más genéricas del orden social. El ciclo que se propagó en esta fase, como de tipo revolucionario, produjo respecto de los actores una severa desarticulación social y de descontrol del Estado, sólo recuperable con los mecanismos autoritarios emergentes, mismos que lanzaron a los actores a confrontaciones abiertas en la medida en que se percibían agotamientos de los canales institucionales para afrontar las demandas de satisfacción estructural. Ante este aceleramiento en la formación de la subjetivación antisistémica -productora de un resquebrajamiento general de las instancias de dominación y reproducción-, la institucionalización de los intercambios políticos ha sido, con respecto a los niveles de formación de identidades, la estrategia básica con la que las élites y corporaciones estatales han diseñado un esfuerzo mancomunado de estabilización general. Integrar y corporativizar a los sujetos corresponde al tipo de ofensiva contra los MSP.

No es casual, visto este desenlace en el periodo final que va de 1980 a 1994, que el discurso sobre los movimientos sociales se aferre a una visión anticíclica extrema, negándose a incorporar el impacto del contexto liberal-conservador sobre la activación de lógicas opuestas al "consenso oficioso", a los "actores racionales" y a "nuevos movimientos sociales" acotados por el orden hegemónico de reproducción sistémica.

Semejante dinámica se auxilia de tergiversaciones que oponen lo "micro" y lo "macro" en los ciclos de forma irreductible. Es decir, lo individual y lo colectivo se lanzan como expresiones no complementarias dentro de la acción social. Se desdibujan los mapas

para reconocer la intersección entre ambos espacios y la "solución" más cómoda es la de reivindicar su oposición, como autonomías e imposibilidades de ser explicadas adecuada e históricamente.

Surge así una reflexión anticíclica. Que reivindica la diferenciación de las identidades y que concluye de la siguiente manera con la apreciación del actual proceso de transición política en la zona:

La adscripción a múltiples redes de pertenencia y la adecuación polivalente de los actores a ellas tienden a diluir las identidades consistentes de larga duración. Ello refuerza la fragmentación, pues la nueva complejidad y trabazón del perfil de los actores individuales no se traduce en mayor capacidad de integración entre los distintos movimientos en los que participan (Calderón, 1987).

Un argumento más radicalizado con respecto a la acción colectiva, se encuentra en Laclau y Mouffe:

No hay posición privilegiada única a partir de la cual se seguiría una continuidad uniforme de efectos que concluirían por transformar a la sociedad en su conjunto. Todas las luchas, tanto obreras como de los otros sujetos políticos tienen, libradas a sí mismas, un carácter parcial, y pueden ser articuladas en discursos muy diferentes. Es esta articulación la que les da su carácter, no el lugar del que ellas provienen. No hay por tanto ningún sujeto -ni, por lo demás, ninguna "necesidad"- absolutamente radical e irrecuperable por el orden dominante, y que constituya el punto absolutamente asegurado a partir del cual pudiera implementarse una transformación total" (Laclau y Mouffe, 1987).

Esta argumentación se niega a reconocer que la complejidad no se limita en su comprensión por la sola y/o exclusiva diferenciación o fragmentación que la acompaña. En todo caso, la afirmación contrapuesta a formularse sería: ¿por qué este "bajo perfil" de identidades cortoplazistas y fracturadas acosa con febril intensidad a los sectores subalternos prioritariamente?

A pesar de que el propio Calderón (1986) matiza las consecuencias extremas de esta lógica sincrónica de la subjetivación, indicando que se aprecia la emergencia de "valores y formas sociales colectivistas, de autogobierno, de solidaridad, de autogestión, etc., que probablemente puedan reconstituir el sistema de oposiciones y viabilizar la reconstrucción de sujetos históricos...", su énfasis no deja de ser restrictivo: "creemos que la posibilidad de llegar a un sistema de acción histórica (con renovada capacidad de producir transformaciones en la sociedad) requiere fundamentalmente (de) que existan en el plano de estos imaginarios colectivos de los movimientos sociales posibilidades de articulación simbólico-cultural que puedan derivar en integraciones políticas concretas" (1987).

Las consecuencias "pluralistas" del análisis se advierten rápidamente: ¡la multiplicidad de las subjetividades hace imposible pensar en ciclos con capacidad de integración global y, por lo tanto de explicación posible! La diversidad de las mismas sugiere que la acción colectiva es inabordable desde algún "principio de organización" en las tendencias concretas de los procesos de subjetivación social. Debido a ese equívoco, como bien señala Castells (1986), se tiende a menospreciar actores políticos que "están anclados en la estructura, generalmente contradictoria, de los intereses sociales". Pero además, sería inadecuado pensar que el sentido de ciclo de activación de la protesta es el resultado de un "juego abierto" en donde los participantes "pueden jugar y perder o ganar, sin tener en cuenta (excepto de manera muy remota) la conexión de las reglas del juego con las reglas estructurales y las instituciones de la sociedad". En cierta medida, al ignorar estas adscripciones, la literatura que evalúa la proliferación de los movimientos sociales en el

período considerado arriba, con juicios desorientadores como los antes señalados, confunde ciclos de "destrucción", "enfrentamiento" y "aniquilamiento" de la subjetivación con la desaparición determinante de los mismos (Tironi y Lagos, 1991).

Sin embargo, no parece del todo descabellado afirmar que las tendencias de la movilización social en la región han estado integradas a un ciclo de larga duración, donde la constitución de dichas subjetividades forma parte integral de ciclos que arribaron, para cada una de las fases indicadas (véase el Cuadro 3), a puntos de condensación irreversibles para con las posibilidades de reconstrucción de los órdenes sociales, culturales, políticos y económicos, sin que ello suponga concepción lineal alguna sobre los estadios de la subjetivación.

La fase más reciente de protesta que se advierte -particularmente como política, ciudadana o cultural- entre 1980 y 1994, sólo expresa una tendencia anotada previamente en otros contextos: la progresiva politización de todo tipo de demandas; la inclusión de todo tipo de motivos de acción social, como formando parte de un conjunto más heterogéneo, pero no por ello menos cíclico de las formas en que la protesta se expresa en la América Latina de mediados de los noventa, externándose una incapacidad sistémica para afrontar la diversidad de demandas en un entorno cuya característica más visible es el ser la etapa más intensa de la historia reciente en cuanto a la gestación de pauperización, empobrecimiento y marginación social. Los efectos de este fenómeno contribuyen a fragmentar subjetividades, a distorsionar los cuadros de integración subalterna y a potenciar la capacidad sistémica del Estado, por la vía de la cooptación privilegiada de actores movilizados. Indudablemente que este ciclo muestra todas las aberraciones no de la falta de sujetos, sino de la destrucción paralela de actores, sujetos y ciudadanos sólo equiparable con los momentos más tenebrosos de las fases duras del autoritarismo. Pero que no se nos escape la percepción de que el período de transición política es un pavoroso espacio no sólo y/o exclusivamente de constitución de subjetividades progresivas, sino además, obviamente, de lo opuesto.

## TEXTO

La perspectiva que se maneja es la visualizar en el incremento de la diversidad de la movilización una tendencia progresiva de los límites del orden para imponer una racionalidad a los actores en cuanto a los parámetros de concertación y/o negociación en general. Esta explosión de espacios y ámbitos de conflicto sólo muestra las deficiencias de los circuitos de legitimidad, en el instante en que las sociedades periféricas presuntamente se liberalizaron y se hicieron más democráticas, pero no por eso más uniformizadas.

¿Llegamos a otro ciclo?

En atención a las recientes experiencias del ajuste estructural, se puede pensar si las condiciones de activación social continuarán siendo predominantemente intrasistémicas o antisistémicas (véase el Cuadro 4).

Prevaleciendo los mecanismos de negociación o expandiéndose en fases de conflictualidad estimadas como desfasadas en relación con el "grado de conciencia" alcanzada por la ciudadanía bajo las recientes experiencias de transición política, la respuesta tentativa a esta cuestión obliga a recuperar el argumento siguiente: una fase de mayor intensidad de los MSP supone, de forma esencial, la convergencia de tipos de conflictos y formas de lucha a partir de lógicas de democracia política y social más profundas que las real y formalmente logradas hasta el momento actual. Esta convergencia implica, en pocas palabras, un ciclo cuya mayor fuente de activación es el

éxito de los programas de ajuste estructural como mecanismo desencadenador de procesos de polarización (sociales, políticos y culturales) y como garantía para lograr mejoras en las condiciones sociales a "mediano plazo", pero también en las obstrucciones que pueden generar la coexistencia de ciclos de protesta por la identidad de conflictos estructurales sobrepuestos y no resueltos en función de: a) su persistencia histórica, b) su no eliminación a cargo de las clases políticas y c) su recuperación coyuntural por los Estados.

A partir de lo anterior y derivado de la rigidez en sobrepasar opciones de control estrictamente coyunturales en la dominación social, prolongándolas como si fueran factores estratégicos para dicho control, sobrevienen crisis de dimensiones no esperadas. Los ciclos de movilización en la transición guardan todas las energías para pasarnos la factura de la modernización social, más allá de las formalidades institucionales hasta ahora negociadas.

Las restricciones así visualizadas en el panorama latinoamericano, proyectan obstáculos para proseguir con subjetividades fragmentadas y estimuladas sistémicamente de manera inadecuada. Un mecanismo tal de cooptación de masas llega a su fin sin importar la existencia de opciones alternativas desde lo ideológico, para retar el orden.

De hecho, esa fragmentación de las subjetividades se convierte en una franca debilidad institucional y política, en la medida en que no dispone el sistema político de posibilidades para garantizar que la fase de centralización social que los regímenes autoritarios fundaron, deba permanecer bajo los umbrales de los propios procesos de transición. Ello conduce a otro punto insoluble y que activa directamente las fórmulas de movilización: el solo relevo de élites muestra su cansancio como factor de legitimidad hacia los sectores subalternos. Venezuela es hoy un ejemplo extremo a este respecto: en función del desbordamiento de la civilidad y la presunta apoliticidad del estamento militar, se cuele por donde menos se pensaba el "resurgimiento del populismo", aquél Ave Fénix de las clases burguesas en la mayor parte de los países de nuestra América. Ni que decir, por otro lado, del espectro de regímenes "democráticos" con exceso de clases peligrosas empobrecidas y marginadas de los mecanismos de la decisión política básica. Su aliento estremecedor es patente y no deja de expresarse en conductas que van desde los conservadurismos progresivos y los abstencionismos intensos, hasta las movilizaciones violentas y sin aparente direccionalidad político-social. Sin embargo, allí se gestan las estructuraciones de complejas interacciones sociales moldeadoras de la acción colectiva de los noventa. Su reconocimiento impone una discusión desde los factores convergentes que se identifican como hacedores de los ciclos mismos y de la estructura en que éstos orquestan su reproducción en tanto que niveles de relaciones de estabilidad, contradicción, crisis y cambio. Identificar el ciclo de subjetividades que los definen permitirá caracterizar los presupuestos de la fase siguiente.

Como afirma Barrington Moore (1987), "hay dificultades formidables en la manera de descubrir las características generales de la naturaleza y la sociedad humana de un modo que sea, al mismo tiempo, científicamente sustentable y no trivial".

En ese sentido América Latina ha transitado, en sus diferenciales ciclos de activación, por lógicas de subjetivación tematizadas por la condición singular con que la fase o etapa de la modernidad aún la ha definido con respecto a los arrecifes de la civilización capitalista como un todo. En la actualidad, dicha modernidad está sujeta a recambios desde los moldes estrictos de modernizaciones encontradas (autoritarismo vs. democracia) y prácticas de protesta social diversas y contradictorias -ciudadanas, insurreccionales, economicistas, etcétera-. Lo singular de este proceso es recusar la noción de

imposibilidad para rastrear su sentido y direccionalidad. Un tal "soporte" analítico sólo conduciría a la inacción de muchos y a la precisión discreta de pocos.

Deberíamos profundizar críticamente la simplicidad existente a la hora de ponderar la problemática de la acción colectiva, a fin de evitar lo que Diamond (1994) señaló con respecto a la reconstrucción de un orden democrático mundial:

La gran ironía después de los sucesos de contención del comunismo, después de cuatro décadas y media, es que no estábamos preparados para la victoria en la Guerra Fría. El colapso de los regímenes comunistas, la evaporación del marxismo como una movilización ideológica y la extinción del leninismo como un movimiento mundial, ha creado un volátil, peligroso y en algunos aspectos horrible y traumático nuevo mundo en el cual regímenes, fronteras, identidades y recursos serán vigorosa y frecuentemente disputados cruelmente.

Quizá la gran ironía sea que debemos reiniciar nuestro propio ciclo menos atados a las trivialidades y a las negaciones ramplonas, y sí más atentos al sentido que algunos se empeñan en desatender, a pesar de las imágenes arriba proyectadas.

Cuadro 1. Condiciones que determinaron los ciclos de la acción colectiva en centro y periferia

Cuadro 2. Ciclos de movilización en América Latina

Cuadro 3. Subjetividades predominantes en América Latina en el período 1880-1995

Cuadro 4. Perspectivas del ciclo de acción colectiva en la fase de ajuste y posterior al mismo en América Latina, 1980-1995

CITAS:

[\*] Profesor-investigador del Departamento de Sociología, UAM-Iztapalapa.

[1] Esta noción de la "muerte" de nociones de interacción social aparece en planos muy disímiles y extensos. Bajo esta premisa, como apunta Heller (1991), con relación al sujeto: "antes de que entierren a alguien, tiene que ser primero identificado. De otro modo, el supuesto cadáver puede recobrar la actividad justo después del funeral. Todavía no se ha realizado ninguna autopsia en esa cosa o concepto llamada "sujeto" aunque muchos estudiantes de filosofía dan por sentado su fallecimiento".

[2] Panizza (1991) afirma al respecto que "en la América Latina de nuestros días, la política de desarraigo y desalineamiento significa que el Estado, los partidos políticos y otras instituciones sociales encuentran cada vez más difícil articular en el largo plazo una relación estable entre el espacio de lo público, el de la ciudadanía y el del pueblo... Más que representar este o aquel sector social, los nuevos regímenes democráticos de América Latina representan el fracaso de la representación".

[3] Una revisión parcial de textos sobre la reconstrucción de ciclos de movilización y crisis económicas, marca un importante esfuerzo de causación en doble dirección en los análisis sobre acción colectiva. En ese sentido, los textos de Goldstone (1991), Tarrow (1983), Offe (1988), Brandt (1992) y Frank y Fuentes (1990), permiten caracterizar las tesis en disputa sobre la génesis de los movimientos, sus relaciones causales internas y externas y su conexión a la alza y a la baja con los ciclos económicos, así como las determinantes multidimensionales que se proyectan en el largo y corto plazo, para,

finalmente, considerar los predomios (demográficos, culturales, políticos, de clase, étnicos o religiosos) que impulsan de manera fundamental o articulada la emergencia y la continuidad de los ciclos de movilización y protesta, así como del decisivo punto sobre el estancamiento interrelacionado que los activa o los paraliza.

[4] "Muchos analistas, al advertir que hay luchas distintas de las luchas de clases que absorben buena parte de las energías políticas gastadas en total, han llegado a la conclusión de que el análisis de clase es de dudosa utilidad para comprender la lucha política. Esta es una curiosa inferencia. Parecería más sensato llegar a la conclusión de que estas luchas políticas que no tienen una base de clase, es decir, las luchas entre acumuladores por conseguir una ventaja política, son prueba de una grave debilidad política estructural dentro de la clase de los acumuladores en su actual lucha de clases a nivel mundial" (Wallerstein, 1988). Obviamente la observación es pertinente hasta el límite: si las luchas intraclases subsisten, la pregunta es ¿por qué han dejado de "operar" fuera del mundo de los acumuladores?

#### BIBLIOGRAFIA:

Birbaum, Norman (1993), "¿Qué podemos aprender de los movimientos de 1968?", en *El Socialismo del Futuro*, núm. 7, julio.

Brand, Karl-Werner (1992), "Aspectos cíclicos de los nuevos movimientos sociales: fases de crítica cultural y ciclos de movilización del nuevo radicalismo de clases medias", en Dalton, Russell J. y Manfred Kuechler (compiladores), *Los nuevos movimientos sociales*. Valencia, Edicions Alfons El Magnànim.

Calderón, Fernando (1986), "Los movimientos sociales ante la crisis", en Calderón, F. (compilador), *Los movimientos sociales ante la crisis*. Buenos Aires, UNU-CLACSO-UNAM.

Calderón, Fernando y Mario R. Dos Santos (1987), "Movimientos sociales y gestación de cultura política. Pautas de interrogación", en Lechner, Norbert (compilador), *Cultura política y democratización*. Buenos Aires, CLACSO-FLACSO-ICI.

Castells, Manuel y Yuko Aoyama (1994), "Hacia la sociedad de la información. Estructura del empleo en los países del G-7 de 1920 a 1990", en *Revista Internacional del Trabajo*, vol. 113, núm. 1.

Castells, Manuel (1986), *La Ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos*. Madrid, Alianza Universidad.

Diamond, Larry (1994), "The Global Imperative: Building a Democratic World Order", en *Current History*, vol. 93, núm. 579, January.

Frank, André Gunder y Marta Fuentes (1990), "On Studying the Cycles in Social Movements", en Amin, Samir, G. Arrighi, A.G. Frank y I. Wallerstein, *Transforming the Revolution: Social Movements and the World-System*. New York: Monthly Review Press.

Goldstone, Jack A. (1991), *Revolutions and Rebellions in the Early Modern World*. Berkeley, University of California Press.

Habermas, Jurgen (1988), *La Lógica de las Ciencias Sociales*. Madrid, Tecnos.

Heller, Agnes (1991), *Historia y futuro: ¿sobrevivirá la modernidad?* Barcelona, Ediciones Península.

Heller, Agnes y Ferenc Fehér (1989), *Políticas de la Postmodernidad*. Barcelona, Ediciones Península.

Hinkelammert, Franz (1984), *Crítica a la razón utópica*. Costa Rica, Departamento Ecuménico de Investigaciones-Colección Economía-Teología.

Hobsbawm, Eric (1994), "La Barbarie de este siglo", en *DEBATS*, núm. 50, diciembre.

Hirschman, Albert O. (1984), *Interés privado y acción pública*. México, FCE.

Huntington, Samuel P. (1994), *La Tercera Ola. La democratización a finales del siglo XX*. Buenos Aires, Paidós.

Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (1987), *Hegemonía y estrategia socialista*. México, Siglo XXI editores.

Lechner, Norbert (1994), "Los nuevos perfiles de la política. Un bosquejo", en *Nueva Sociedad*, núm. 130, marzo-abril.

Llach, Juan José (1990), *Las hiperestabilizaciones sin mitos*. Buenos Aires, Centro de Investigaciones Económicas-Instituto Torcuato Di Tella, Documento de Trabajo.

Long, Norman (1994), "Cambio rural, neoliberalismo y mercantilización: el valor social desde una perspectiva centrada en el actor", en *Las Disputas por el México Rural*, XVI Coloquio El Colegio de Michoacán.

MacNamara, Robert (1972), "Discurso ante la Asamblea del FMI y el Banco Mundial", en *Comercio Exterior*, México, Octubre.

Moore, Barrington (1987), *Injusticia. As Bases Sociais da obediencia e da Revolta*. Sao Paulo, Editora Brasiliense.

O'Donnell, Guillermo (1993), "Acerca del Estado, la demorización y algunos problemas conceptuales", en *Desarrollo Económico*, vol. 33, núm. 130, julio-septiembre.

O'Donnell, Guillermo y Phillippe C. Schmitter (1988), *Transiciones desde un gobierno autoritario. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*. (Tomo 4) Barcelona, Buenos Aires, Paidós editores.

Offe, Claus (1988), *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Madrid, Editorial Sistema.

Panizza, Francisco (1991), *Las paradojas de la consolidación democrática en América Latina*. Montevideo, Cuadernos del CLAEH, núm. 56, Año 16.

Paramio, Ludolfo (1993), "Consolidación democrática, desafección política y neoliberalismo", en *Cuadernos del CLAEH*, núm. 68, Año 18.

Petras, James y Steve Vieux (1994), *La Historia terminable*. España, Editorial Txalaparta.

Schmitter, Philippe (1994), "Dangers and Dilemmas of Democracy", en Journal of Democracy, Winter.

Tarrow, Sidney (1983), Struggling to Reform: Social Movements and Policy Change During Cycles of Protest. Ithaca, N. Y., Western Societies Program, Occasional Paper núm. 21, Cornell University.

Tironi, Eugenio y Ricardo Lagos (1991), "Actores Sociales y ajuste estructural", en Revista de la CEPAL, Santiago de Chile, núm. 44, agosto.

Wallerstein, Immanuel (1983), "La crisis como transición", en Amin, Samir y Giovanni Arrighi, André Gunder Frank e Immanuel Wallerstein, Dinámica de la crisis global. México, Siglo XXI.

Wallerstein, Immanuel (1988), El capitalismo histórico. Madrid, Siglo XXI.